



# Raúl Hernández Valdés

*In memoriam*

Magdalena Báez

CAMINABAS HACIA LA OFICINA cada mañana con el termo en la mano. Nunca te pregunté qué brebaje tomabas a diario en ese artilugio-tapa que usabas. A media mañana se había agotado y, sentado en la Coordinación General de Difusión, girabas instrucciones para hacer nuestro trabajo. Me imagino que no fue diferente en la Coordinación de Extensión Universitaria de la Unidad Xochimilco, ahí coincidíamos siempre en el elevador al terminar la jornada. En esa época sólo me parecías un hombre bien vestido y educado. Sonreías y preguntabas si todo iba bien en la Unidad. Mi respuesta siempre era la misma: “ya hicimos nuestra parte, por lo menos eso debe ir bien”. El viaje acababa y nos despedíamos. Ya habías recorrido esos pasillos muchas veces como profesor, como director de la División de Ciencias y Artes para el Diseño.

Tu capacidad expresiva estaba centrada en las manos, lo noté pronto. Cuando balbuceabas buscando las palabras correctas tus manos tejían, las yemas de tus dedos bailaban unas con otras, se reunían las puntas de todas las uñas y, como si fuera a aparecer un hilo, se separaban. Si se trataba de discutir algún problema o enfrentar una situación difícil tus manos vociferaban. Los largos y delgados dedos se agitaban y la palma contraria los atrapaba para encontrar la calma. Pronto aparecía una mueca de tranquilidad en tu rostro: habías encontrado la manera de sortear la situación.

La libreta negra de apuntes tenían esas largas letras que hacías y que en conjunto formaban una nota, casi siempre acompañada de un dibujo; así tus ideas encontraban un espacio libre en la hoja para asociarlas a la imagen. Muchas veces te vi hacerlo durante las reuniones de trabajo. En varios manteles de papel quedaron dibujadas con café muchas ideas. Creo que algunas cayeron en esta misma revista, *Casa del tiempo*, lo mismo integrando tu mirada en algunos ensayos como cuando la dirigiste. En el editorial del número 52, época IV, de febrero de 2012, reconocen tu labor: “A Raúl Hernández Valdés le reconocemos el cuidado entrañable del equilibrio de cada número”.

Esos días, cuando me avisaste que ya no estarías a cargo de la Coordinación, encontramos de lleno la amistad. Dejé de llamarte “maestro Hernández”. “Raúl” fue mucho más familiar y cercano.

Si tu capacidad para darle la vuelta a las dificultades era buena, debemos reconocer que era mejor tu sentido del humor. Gracias a la literatura y al cine nos regalaste largos episodios de carcajadas en las sobremesas con Víctor Muñoz y Bernardo Ruiz, lecciones de vida esas tardes.

Recordabas los diferentes climas de Ensenada, en cierto modo sabías del contraste y te gustaba. Hacías la comparación con el centro del país, tan barroco, tan cargado. Insistías siempre en que pasara el aire, con un hueco, con el silencio; una influencia de Japón, supongo. En contraposición al barullo, todos los colores en un lienzo, no importa del tamaño que fuere: el vacío sin espacio. Sabías que igual era con la comida, aunque ahí perdonabas lo recargado de ingredientes de cualquier mole. Compartir platos en la mesa, postres y recetas de varios antojos, fue lo nuestro. Aunque tú siempre escogías el vino, de eso sabías mucho.

Alumnos tuyos conocí varios, todos reconocen la dedicación, la disciplina y la generosidad que tuviste como profesor. Tú decías robarles la juventud y el entusiasmo para generar proyectos nuevos. Nunca te negaste si se trataba de participar, te dabas el tiempo lo mismo para participar en las publicaciones de la universidad o simplemente escuchar algún proyecto y dar tu opinión. La verdad, no era difícil que tú mismo te buscaras un tiempo para apoyar alguna idea.

La noticia de tu partida no fue sorpresa. Dolió. Un mareo cerró mis ojos y ahí te encontré, extendiendo los brazos para abrazarme, como siempre me saludabas: ¡Hola, niña linda! Meses antes habíamos intercambiado mensajes esperando encontrarnos pronto. Las noticias de quienes te vieron sólo atinaban a subrayar lo delgado que estabas, y destacaban que tu ánimo y sonrisa permanecían. Te extrañaré siempre. 